

PALABRAS DEL DOCTOR AGUSTÍN CARSTENS, SECRETARIO DE HACIENDA Y CRÉDITO PÚBLICO, EN LA SESIÓN PLENARIA DE LOS TRABAJOS DEL 72ª CONVENCION BANCARIA, “MÉXICO ANTE LA CRISIS FINANCIERA MUNDIAL: OPORTUNIDADES Y DESAFÍOS”

Acapulco Guerrero, 20 de marzo de 2009

Dr. Guillermo Ortiz Martínez

Gobernador del Banco de México

Lic. Enrique Castillo Sánchez Mejorada

Presidente de la Asociación de Bancos de México

Distinguidos miembros del presidium

Señoras y Señores:

Es un honor, como siempre, participar en esta convención anual de la banca mexicana. Hoy este encuentro despierta un interés aún mayor, dada la enorme gravedad del desafío que vive la economía mundial. Es preciso que en México le hagamos frente con respuestas oportunas y coordinadas entre el Estado y los agentes económicos.

Debemos dimensionar la magnitud de la crisis. Ya no hay duda de que será el episodio recesivo más severo desde la década de los años 30 del siglo pasado; hay quien conjetura, incluso, que podría ser más grave. Los datos, de cualquier forma, hablan por sí mismos: El Fondo Monetario Internacional estima una contracción de la economía mundial de uno por ciento en 2009; las cifras de desempleo en los países industrializados durante los primeros meses del año son alarmantes (por ejemplo, un nivel de 8.1 por ciento real del desempleo durante febrero en Estados Unidos). Se prevé una caída del volumen del comercio mundial de 3 por ciento o más. Las exportaciones de Estados Unidos descendieron en el último trimestre de 2008 a niveles no vistos desde 1971. Otro tanto ha sucedido con el comercio exterior de México, donde nuestras importaciones y exportaciones, de enero a enero de 2009, se redujo en más de 14 mil millones de dólares, con caídas, medidas en valor, de casi 32 por ciento en las exportaciones y de 30 por ciento en las importaciones.

Además de dimensionar la crisis, hay que identificar su origen. Se trata, para decirlo en breve, de un fracaso catastrófico de los mecanismos y procedimientos de regulación y supervisión de los principales sistemas financieros del mundo. Esto ha llevado al quebranto de grandes instituciones financieras globales y a una brutal contracción del crédito. Tal vez lo más grave ha sido el golpe a la confianza, la cual cayó en vertical a partir del colapso de Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008. Esa fecha marca el punto de inflexión a partir del cual esta crisis adquirió de manera inesperada su mayor virulencia; desde entonces, las expectativas se han deteriorado dramáticamente.

Dado este diagnóstico es justo mencionar que las causas de la crisis no se encuentran en ninguna debilidad de nuestra economía, sino que responden fundamentalmente a presiones recesivas llegadas del exterior. Por ello, en gran medida la solución de la crisis tendrá que venir también del exterior. Esto, desde luego, no nos exime, en México, de la obligación de hacer todo lo que esté en nuestro alcance para remontar las consecuencias de esta calamidad global.

El gobierno ha hecho su tarea y ha cumplido su responsabilidad; desde inicios de 2008 se pusieron en marcha acciones contracíclicas, que después, a partir del punto de inflexión en el que se agudizó la crisis, se reforzaron a través del Programa de Impulso al Crecimiento y al Empleo en octubre de 2008 y, más adelante, a través del Acuerdo impulsado por el Presidente en enero de este año. De tal suerte que el conjunto de estímulos fiscales contenidos en estas medidas contracíclicas equivale a 1.8 puntos porcentuales del PIB, un porcentaje similar al de los paquetes de estímulos aplicados en países como Alemania, Canadá o la Gran Bretaña.

En las últimas semanas las cifras macroeconómicas en diferentes países dejan claro que la contracción de la economía y las presiones sobre el empleo han sido mucho más profundas de lo que la inmensa mayoría de los analistas y de los gobiernos habían anticipado. México no ha estado exento de padecer este deterioro.

La pregunta es ¿Qué hacer ante este escenario desafiante? Nuestra obligación es voltear hacia nuestras fortalezas y aprovecharlas al máximo.

Un hecho indiscutible que no hemos apreciado en todo lo que representa es que la banca en México es uno de nuestros activos más valiosos para superar los efectos de la crisis global.

Es un activo que debemos cuidar y que debemos explotar inteligentemente.

Si analizamos los indicadores fundamentales de la banca mexicana encontraremos una gran fortaleza.

No hay un solo banco en el sistema que arroje señales de alta vulnerabilidad, de riesgo elevado, ni mucho menos de insolvencia. El conjunto de los bancos mexicanos cerró 2008 con un nivel de capitalización de 15.3 por ciento. Muy por encima de los estándares establecidos internacionalmente; muy por encima, también, de lo que por desgracia vemos en algunos grandes bancos en otras partes del mundo.

Esta fortaleza de la banca mexicana no es gratuita. Detrás de ella hay dolorosas experiencias de crisis pasadas que nos enseñaron la importancia de contar con un marco jurídico adecuado y con mecanismos modernos de regulación y supervisión; alejados de cualquier complacencia.

Aprendimos de las crisis pasadas que la capitalización de la banca es fundamental para hacer frente a choques súbitos de pérdida de confianza, como los que se han experimentado en los mercados financieros internacionales en los últimos meses.

Una sólida capitalización bancaria, a su vez, arroja beneficios sistémicos para toda la economía del país, del mismo modo que la insuficiente capitalización de los bancos provocó daños en toda la economía mexicana durante la crisis de 94 y 95.

Tuvimos que reconstruir todo el sistema desde sus cimientos a raíz de esa crisis que fue devastadora para la banca mexicana. No fue una simple operación de limpieza; repito: fue una gigantesca tarea de reconstrucción.

Obligados por la devastación nos abrimos al capital extranjero en el sector bancario y se logró, a partir de la necesidad, una gran virtud: una mayor competencia entre un mayor número de instituciones bancarias en beneficio de los usuarios.

Por todo eso, en medio de la crisis global, los bancos mexicanos han permanecido sin afectaciones graves. Los bancos mexicanos no son hoy un obstáculo que retrase una rápida recuperación del dinamismo económico, sino que deben ser, porque están sólidamente pertrechados para ello, un factor decisivo para que la economía mexicana supere en el más corto plazo posible el episodio recesivo.

Esta fortaleza de la banca mexicana representa una ventaja que hoy es envidiable para muchas otras economías. Cuidemos y aprovechemos esa ventaja porque nos permite mantener abiertas las puertas del crédito a proyectos productivos viables, lo que a su vez se traduce en un panorama menos sombrío para el empleo en momentos en los que, en otras latitudes y en otras naciones, es imposible dinamizar la economía mientras no reparen los daños mayores que han sufrido sus sistemas bancarios. No nos equivoquemos sufriendo fiebres ajenas. No busquemos males donde no los hay.

En estos momentos, la banca mexicana no tiene impedimento alguno para expandir el financiamiento. Dadas estas condiciones esperamos una actuación decidida y comprometida por parte de la banca comercial. No es tiempo de regatear esfuerzos. Sabemos que a raíz del Acuerdo Nacional de enero pasado y, considerando las perspectivas económicas para 2009, la banca se ha comprometido a apoyar a las familias y empresas con problemas de pagos, mediante reestructuras de créditos, que incluyen reducción de tasas, ampliación de plazos y el establecimiento de pagos fijos.

Sabemos también que la banca mexicana está más que dispuesta a mantener el otorgamiento de crédito para los proyectos viables en todos los sectores productivos. A partir de tal compromiso prevemos un crecimiento cercano al 8.0 por ciento anual del financiamiento otorgado por la banca comercial, lo que equivale a un monto de crédito nuevo de aproximadamente 140 mil millones de pesos.

Reconozco que los compromisos asumidos por la banca requerirán de mucha dedicación y sacrificio, pero la actual situación financiera internacional exige respuestas proporcionales a la magnitud de la crisis.

Para ello es necesario no sólo que los bancos mantengan abiertas las llaves del financiamiento a los sectores productivos, sino también que no eleven los costos del mismo e inclusive que emprendan iniciativas para generar precios más competitivos y para llegar a sectores que actualmente no están atendidos.

Esas son las verdaderas asignaturas pendientes de la banca comercial en México: Aumentar la penetración y extensión de los servicios bancarios; perderle el miedo a una mayor competencia y a las nuevas modalidades de la banca al menudeo dirigida a grandes núcleos de población; abatir costos y precios de los servicios bancarios por la única vía eficiente para lograrlo: La productividad.

La otra gran parte del sistema bancario mexicano es la banca de desarrollo. Sin duda, las tareas de la banca comercial y de la banca de desarrollo deben seguirse complementando armónicamente, más aún en estos momentos.

El nuevo brío de la banca de desarrollo, junto con las políticas fiscales contracíclicas, ha constituido uno de los pilares más sólidos para enfrentar la crisis; un pilar con un gran potencial. Para explotar esa potencialidad el Ejecutivo enviará próximamente al Congreso una iniciativa de reforma que busca reforzar los fines de la banca de desarrollo, ampliar sus alcances y eliminar restricciones innecesarias que hoy limitan su acción.

Esta crisis global ha mostrado la importancia de la banca de desarrollo como herramienta clave de la política económica y como parte fundamental de nuestro sistema financiero. Esto comprueba el acierto del gobierno del Presidente Felipe Calderón al proponer, desde el inicio de su mandato, un papel más protagónico para la banca de desarrollo en el engranaje del crecimiento económico.

A enero de 2009 la cartera de crédito propia e impulsada con garantías de la banca de desarrollo superó los 565 mil millones de pesos; un crecimiento anual de 50 por ciento en términos reales.

En el sector empresarial la cartera de crédito directa e impulsada con garantías por Nafin y Bancomext creció 39 por ciento en términos reales respecto de enero de 2008, rebasando los 136 mil millones de pesos. El número de micro, pequeñas y medianas empresas apoyadas con créditos de NAFIN se triplicó respecto de enero de 2008.

En el sector rural la cartera de crédito directa e impulsada por FIRA y Financiera Rural, también a enero de 2009, se incrementó 28 por ciento anual en términos reales, con lo cual alcanzó más de 69 mil millones de pesos.

En infraestructura la cartera de crédito directa e impulsada por Banobras creció 49 por ciento respecto de enero de 2008. La presencia de los municipios de alta y muy alta marginación en dicha cartera pasó de 31 por ciento en enero de 2008 a 40 por ciento en el primer mes de 2009.

En el sector vivienda la cartera de crédito directa e impulsada por SHF-FOVI ascendió a más de 231 mil millones de pesos, lo que representó un crecimiento real de 75 por ciento.

Durante 2009 crecerá 21 por ciento el financiamiento de la banca de desarrollo otorgado al sector empresarial; 16 por ciento el financiamiento para infraestructura y para gobiernos estatales y municipales. Aumentará más de 10 por ciento el financiamiento a productores rurales y el financiamiento para vivienda otorgado por la banca de desarrollo será 52 por ciento superior al de 2008.

Ya conocen ustedes las medidas tomadas por el Gobierno Federal hasta la fecha para enfrentar la crisis. Son medidas que se aplicaron oportunamente; nadie puede culpar a esta Administración de indolencia. Pero en todo caso es pertinente que nos sigamos preguntando: ¿Qué más podemos y qué más debemos hacer?

Como respuesta tenemos cinco grandes campos de acción:

Primero: Buscar una mejor ejecución de los programas y medidas contracíclicas, así como del ejercicio del gasto público. En este sentido, en los próximos días se introducirán para su discusión y eventual aprobación en el Congreso de la Unión las iniciativas para reformar las leyes de Adquisiciones y la de Obras Públicas, así como las ya mencionadas reformas al marco jurídico de la banca de desarrollo para hacerla más eficaz y contundente.

Segundo: En la medida que lo permitan la estabilidad fiscal y el equilibrio de la balanza de pagos, profundizaremos y ampliaremos la estrategia contracíclica.

Tercero: Al reconocer que la estrategia fiscal contracíclica tiene límites, dada la reducida disponibilidad de financiamiento en el mundo (y aquí abro un paréntesis para mencionar algunas cifras bastante ilustrativas sobre este límite a la disponibilidad de financiamiento, al tomar en cuenta que las medidas de estímulo aplicadas por los países en desarrollo para sus propias economías absorberán más de 6 millones de millones de dólares, es decir seis trillones de dólares, lo que significaría que en 2009 los países emergentes captarán tan sólo un sexto de los recursos externos que atrajeron en 2008), y dado precisamente estos límites que impone a las medidas contracíclicas, se vuelve urgente la realización de reformas estructurales, por ejemplo en el ámbito de las telecomunicaciones, en el campo laboral, en lo que se refiere a la apertura a la inversión

extranjera, en lo que hace a garantizar una mayor competencia económica, entre otras varias reformas de largo aliento imperiosas para que México aproveche esta oportunidad única.

Cuarto: Participaremos activamente en los foros internacionales para forjar soluciones globales a un problema que es igualmente global. México dejará en claro en dichos foros, como el del G-20, que si bien la crisis se origina en los países industrializados está repercutiendo severamente en el resto del mundo; de ahí que procuraremos que los gobiernos de las economías industrializadas se apresuren a tomar medidas adecuadas a la magnitud de este desafío. A la vez seguiremos abogando para que el financiamiento que tengamos disponible de los organismos financieros multilaterales sea más cuantioso y más flexible. Y,

Quinto: Al final en esta enumeración pero tal vez en el primer lugar en importancia, está la búsqueda de respuestas conjuntas, que involucren la participación de todos, para enfrentar esta crisis.

Tenemos que renovar una y otra vez el espíritu de unidad que animó el Acuerdo Nacional al que convocó el Presidente de la República el pasado 7 de enero. Lo peor que podríamos hacer es desdeñar las fortalezas con las que contamos. El sistema bancario es una de las grandes fortalezas de México. Cuidémoslo y apreciémoslo, sí; pero también, reconozcamos que tiene una gran responsabilidad que desempeñar para la superación de esta crisis. Juntos, autoridades e instituciones bancarias, habremos de seguir respondiendo con oportunidad a los desafíos que enfrentamos todos los Mexicanos.

No somos dueños ni conductores de los acontecimientos externos, como es esta tormenta global insólita, pero tenemos en nuestras manos el timón y todos los implementos para garantizar una venturosa travesía a puerto seguro. Como el Presidente de la República nos convocó el día de ayer, hagamos cada cual nuestra parte.

Muchas gracias.